

intervención a realizar. En este sentido este último apartado es una importante contribución para conocer y actuar ante las diferentes situaciones de aprendizaje que tienen lugar en el proceso educativo.

Otros muchos más temas podrían ser incluidos pero creemos que esta obra cumple muy bien su gran objetivo y especificidad: ofrecernos una «reflexión y normativa pedagógica» suficiente para encontrar orientaciones y respuestas a los diferentes problemas y situaciones con que se enfrenta la educación actual.

AGUSTÍN REQUEJO

JOSÉ M. TOURIÑÁN y MIGUEL A. SANTOS (Eds.) 1999. *Interculturalidad y educación para el desarrollo. (Estrategias sociales para la comprensión internacional)*. Xunta de Galicia, Ediciones de Xacobeo 99.

Libro, éste, sustancioso y ambicioso. En él, los autores nos muestran un amplio y surtido abanico de temáticas que buscan –desde diversos ángulos– «ofrecer elementos de reflexión y de análisis [...] sobre el diálogo *intercultural* como vía de *educación para el desarrollo* y para el logro de mayores dosis de *comprensión internacional*» (Touriñán y Santos, *Introducción*, pág. 16). No quedará defraudado el lector respecto a estos propósitos iniciales de la obra que aquí reseñamos.

En la primera parte, en efecto, cuatro autores hacen aportes de gran solidez sentando los cimientos del objeto que les ocupa en esta fase del libro: «El

interreculturalismo como eje de comprensión internacional». Rogelio Medina ahonda en la potencialidad que tienen los *Derechos Humanos*, tomados en toda su exigencia moral y seriedad socio-política, como fundamento para construir en un futuro ya próximo una ciudadanía plural, cosmopolita y –bien entendida– universal. José M. Touriñán, por su parte, aborda con agudeza epistemológica, pedagógica y político-educativa, el reto que actualmente la «globalización» nos impone en su sentido más plausible: «Vivimos en una sociedad mundial –dice el autor– en la que los espacios cerrados no tienen cabida. Ningún país, ni grupo, puede vivir al margen de los demás. Las distintas formas culturales, económicas, socioeducativas y políticas se entremezclan, a través de redes (globales) [...]. Precisamente por eso, sociedad mundial significa integración de una pluralidad sin unidad, [es decir, sin caer] en una megasociedad nacional que contenga y resuelva en sí a todas las sociedades nacionales. Una sociedad mundial, pues, entendida, más bien, como «un horizonte mundial caracterizado por la multiplicidad» (pág. 54). En el tercer capítulo de esta parte, Antonio Rodríguez y Jorge Soto abordan directamente la educación para el *desarrollo* como un derecho social universal. Es destacable su posición de que el desarrollo no puede medirse sólo por indicadores externos, bien conocidos por todos, sino ante todo por la calidad de las personas que utilizan los recursos de una sociedad. En esta línea, lo que han de buscar las Ongs, al enfocar la cooperación internacional, «es movilizar y organizar personas, formar grupos

de voluntarios, e incentivar el interés de los beneficiarios por su propio desarrollo, a fin de que éstos hagan suyo el lema «ayudar a quienes quieren ayudarse a sí mismos» (pág. 85). Cierra este bloque un capítulo de Pedro Ortega centrado en la vinculación entre el interculturalismo y la educación para una cultura de la paz. El autor trata este importante tema con exquisita sensibilidad hacia lo más propio del hombre: su dignidad. Si resultan de gran interés sus orientaciones acerca de cómo intervenir en el marco escolar para fomentar una cultura de paz, todavía –posiblemente– aparecen más sugestivas sus hondas reflexiones sobre tal «cultura», cargada de un *humanismo* tan fresco y atractivo como el que describe Ortega y Gasset, citado por el propio autor: «En el último siglo se ha ampliado gigantescamente la periferia de la vida: sabemos muchas más cosas, poseemos una técnica prodigiosa, material y social [...]. Al progreso intelectual ha acompañado un retroceso sentimental; a la cultura de la cabeza, una incultura cordial...; hoy, en cambio, comenzamos a enterver que esto no es verdad, que en un sentido muy concreto y riguroso las raíces de la cabeza están en el corazón» (pág. 97).

La segunda parte, Interculturalismo y sociedad civil, aunque algo más diversa en su contenido, no es por ello de menor interés. Tal es el caso del capítulo que nos brinda Miguel A. Santos, de carácter panorámico, pero salpicado de sugestivas pistas en este terreno; un ejemplo, entre otros, en este sentido, es su intento de conciliar las orientaciones de tipo más crítico y de tipo tecnológico en la pedagogía

intercultural (pág. 121). También es de agradecer el segundo capítulo de esta parte, donde Antonio Izquierdo nos proporciona una radiografía actualizada y pormenorizada de la situación de los inmigrantes (sobre todo los residentes no comunitarios), utilísima a la hora de asegurar el punto de partida de las actuaciones en el campo que ahora nos ocupa. Más concreto es el tercer capítulo, de Xan Vásquez, centrado en el estado de la cuestión de la educación del pueblo gitano (con datos frecuentemente referidos a Galicia); una concreción, sin embargo, extrapolable en gran medida a otros contextos de España, con orientaciones originales, a la vez que relevantes. Esta parte segunda del libro se cierra con otro capítulo de tipo concreto; su autor, Francisco Gimeno, nos traslada ahora a una valiente iniciativa valenciana de la Cruz Roja centrada en la capacitación profesional y la inserción sociolaboral de las personas más excluidas, entre las que figuran –por supuesto– los inmigrantes.

El bloque tercero del libro se dedica a analizar algunas de las siempre actuales cuestiones lingüísticas que se entrelazan en el más amplio interculturalismo. Mercé López inicia esta parte con un nutrido capítulo sobre la realidad catalana y el contacto de lenguas, en donde intenta encontrar un punto de equilibrio entre cómo se vive este fenómeno desde Cataluña y cómo se ve desde una perspectiva más externa. A continuación, Manuel González dedica un segundo capítulo, concentrado pero panorámico y actual, de la situación lingüística en Galicia y en relación con el desarrollo intercultural, tanto desde un punto de vista «local»

como «internacional». Félix Etxeberria cierra este tercer bloque con su aportación sobre el bilingüismo y la cuestión intercultural en el País Vasco; además de dibujar claramente las políticas plurilingües educativas en ese contexto, acomete algunos interrogantes de suma importancia, como son –por ejemplo– los referidos a «cuál debería ser un currículum cultural vasco» y a «cómo aunar la identidad vasca con la tolerancia».

La obra termina con un cuarto bloque: interculturalidad, innovación y mejora social. Pone las bases aquí Juan Escámez. Aun tratando especialmente el cultivo de las actitudes interculturales, sus aportes más originales –opino– se hallan en las raíces de la cuestión intercultural: por ejemplo, en interrogantes tan retadores como, ¿por qué hay que respetar las diferentes culturas?; ¿todas ellas son igualmente dignas de respeto?; ... o ¿cuáles son los valores clave para una educación intercultural? En un segundo capítulo, M. del Mar Lorenzo y Servando Pérez ofrecen una estupenda contribución acerca de cómo realizar una educación intercultu-

ral en contextos penitenciarios, en donde se da una multiculturalidad incluso superior a la propia de la sociedad. Carlos Rosales aborda, en un tercer capítulo, diversas e interesantes ideas sobre cómo afrontar la interculturalidad en las escuelas plurales de nuestro tiempo. Louis Souta presenta, en el cuarto capítulo, una lúcida visión panorámica, a la vez realista y esperanzadora, de la situación portuguesa en relación a la educación intercultural, sobre todo a partir de la reforma educativa de 1986. Por último, M. Esther Olveira cierra esta parte, y también el libro, con la exposición comentada de una investigación sobre hijos de españoles (segunda generación) en Francia, extrayendo de ahí ciertas conclusiones dignas de ser tomadas muy en cuenta.

Obra, en fin, extensa y –a la vez– intensa en la forma de abordar una temática tan difícil como actual, tan escurridiza como necesitada de referencias teóricas sólidas y de hitos prácticos que la abran, también, a la esperanza de la materialización práctica.

JOSÉ ANTONIO JORDÁN